

Un traje incómodo: Hipótesis histórica sobre la (fallida) presencia y el uso de la distinción política *izquierda-derecha* en América Latina

Héctor Ghiretti¹

1. Categorías de acción, categorías de análisis

No parecen existir discrepancias respecto del hecho de que el binomio compuesto por la izquierda y la derecha (ID) opera con cierta regularidad y vasta presencia en el ámbito del pensamiento y la acción política, al menos desde hace un par de siglos. *Derecha e izquierda son conceptos activos de la política moderna*. Sirven para calificar y distinguir personas, movimientos, actitudes e ideas de la política. En tanto son *símbolos* que representan un complejo de creencias políticas, ciertas convicciones sobre lo político o actitudes frente a lo político, se concluye que su estudio puede ser llevado a cabo por la ciencia política auxiliada por disciplinas afines.

Eric Voegelin explica que el cientista político no encuentra un vacío en el que formula sus interpretaciones sobre el orden social y los símbolos que lo representan: no genera sus categorías de aná-

1. Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra y Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Cuyo, es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Es profesor en la Universidad Nacional de Cuyo y la Universidad Panamericana.

lisis de la nada. “La ciencia política —señala dicho autor— atraviesa por una dificultad que tiene su origen en su misma naturaleza de ciencia del hombre en existencia histórica. El hombre no espera a que la ciencia venga a explicarle su propia vida, y cuando el teórico se acerca a la realidad social se encuentra con el terreno ya ocupado por lo que podría denominarse auto-interpretación de la sociedad. La sociedad humana no es un mero hecho, o un suceso del mundo exterior que pueda ser estudiado por un observador como si fuese un fenómeno natural”².

Esta autointerpretación se realiza por medio de símbolos, los cuales logran el efecto de *autoiluminación*. “Los símbolos hacen que la estructura interna de este cosmos, las relaciones entre sus miembros y grupos de miembros, así como su existencia como conjunto, sean transparentes para ese misterio que es el existir del hombre”³. La sociedad, así concebida, resulta una “especie de cosmos de significación iluminado desde dentro por su propia autointerpretación”⁴. El autor afirma que “la ciencia política parte del cuerpo de autointerpretación de la sociedad, y avanza por medio de la clarificación crítica de esos símbolos socialmente preexistentes”.

El proceso de racionalización política tiende a producir un *nuevo conjunto de símbolos*, ya propio de la clarificación crítica. “La reflexión teórica sobre lo político” —prosigue Voegelin— “se produce disponiendo de dos juegos de símbolos: uno del lenguaje, propio de la autointerpretación, y otro, propio de la ciencia política.” Uno se deriva del otro. Es tarea del científico el determinar si “los símbolos utilizados en la realidad política son conceptos

2. Voegelin, Eric. *Nueva ciencia de la política*. Madrid, Rialp, 1968, pp. 47-48.

3. *Ídem*.

4. *Ídem*, p. 84.

teoréticos”⁵, ya que a menudo los símbolos no poseen dicha virtualidad y requieren de un marco teórico más amplio para poder ser racionalizados y comprendidos.

El propósito de este trabajo es proponer una hipótesis sobre la presencia histórica y los usos de la distinción izquierda-derecha en América Latina en su modalidad de lenguaje de autoiluminación o autointerpretación, es decir como ese primer conjunto de conceptos y símbolos propios de la acción política. Y *no* como los conceptos y símbolos derivados, que poseen una función propiamente teórica o analítica. Nuestro objetivo es indagar qué factores pudieron haber favorecido la implantación de la distinción ID como discriminador principal de identidades políticas en América Latina y cuáles fueron en definitiva los factores que lo impidieron. Se observa un uso relativamente asiduo de la distinción en el plano del análisis político, los intelectuales y la academia, el periodismo y la opinión pública, pero su presencia como configuradora de identidades individuales y sociales es secundaria: en la mayoría de los países de la región está lejos de constituirse en clivaje principal de fuerzas políticas.

El presente trabajo es de orden propositivo: ofrece una hipótesis de explicación que debe ser confirmadas o rectificadas por los estudios historiográficos de las ideas políticas, la identidades y los conceptos. Entendemos que es posible dar una explicación general del fenómeno referido pero debe someterse al contraste de las respectivas historiografías nacionales o estatales. En tanto se trata de una hipótesis sobre un *fallido* o una ausencia, es decir, sobre una distinción política que no arraigó, o que posee una presencia y uso secundario en la región, la posibilidad de seguir/reconstruir su evolución, su uso o desarrollo conceptual se vuelve más difícil, pero no imposible.

5. *Ídem*, pp. 49-51.

Como primera aproximación al problema será necesario reconstruir la evolución histórica de la distinción política contemporánea izquierda-derecha en su país de origen, Francia, y su implantación en las zonas inmediatas de influencia de la política y las ideas políticas francesas, con las particularidades del caso. Posteriormente será necesario anotar someramente las condiciones en las cuales se producen los procesos de independencia de Hispanoamérica y su evolución ideológico-política durante todo el siglo XIX. Según nuestra perspectiva dicha distinción en el lenguaje político hispanoamericano hace su aparición en las primeras décadas del s. XX. En adelante se seguirán las líneas principales de su evolución y desarrollo hasta la actualidad.

En tanto constituye un abordaje preliminar, preparatorio, es preciso realizar un par de aclaraciones previas. En primer lugar, para dar sustento a nuestras hipótesis tomaremos como punto de referencia una historia nacional —la argentina— y eventualmente recurriremos a otras historias nacionales, que servirán de apoyo adicional para su formulación. En segundo lugar, nuestra atención se centrará en la emergencia y el desarrollo de la categoría de *izquierda*, por dos razones muy concretas. Por un lado, es el polo de la distinción cuya identidad se recorta inicialmente, dando lugar a la oposición con la derecha. Dentro de la distinción política contemporánea, la izquierda es la categoría *originaria*, la derecha es una categoría *por defecto*⁶. Por el otro, nuestra propia línea de trabajo se ha concentrado en dicha distinción. Nuestras referencias a la derecha, por esta razón, se derivaran de la evolución y el desarrollo de la identidad de izquierda.

6. GHIRETTI, Héctor, *La izquierda. Usos, abusos, precisiones y confusiones*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 61.

2. Evolución y desarrollo de la distinción política contemporánea Izquierda-Derecha. Una nueva topografía política

Podemos pasar por alto las discusiones y diferentes teorías sobre el origen histórico puntual de la distinción y centrarnos en la evolución y difusión a lo largo del s. XIX. Afirma Laponce que “la terminología izquierda/derecha se diseminó en Europa continental y posteriormente por el resto del mundo a través de dos canales principales: el lenguaje de la democracia parlamentaria y el lenguaje del socialismo”⁷. En este sentido, Gauchet agrega que la mutación fundamental en el uso de la distinción, del ámbito de la jerga parlamentaria a idioma básico de sufragio universal y de ahí a forma de identidad política extensa y de proyección planetaria, tal como se la conoce hoy, se opera tan sólo a principios del s. XX⁸. Se trata de una trayectoria sinuosa y extendida, en la que no faltan deslizamientos, desapariciones y notorias discontinuidades.

Para trazar un panorama completo de la evolución de la identidad política moderna de izquierda sería necesario disponer de un cúmulo mínimo de monografías históricas relativas a los diversos países donde se ha empleado o se emplea la distinción. Pero como se advirtió en la introducción, el material existente es muy disparate y no parece ser suficiente para componer un cuadro general. Por este motivo, el breve relato histórico que sigue a continuación se centra en el país en el que tuvo origen la distinción, tomando como línea conductora el magnífico trabajo de Marcel Gauchet.

A despecho de las teorías aceptadas sobre los orígenes de la distinción, ya sea en la Asamblea Francesa de 1789 o en la Cámara de

7. LAPONCE, J. A., *Left and Right. The Topography of Political Perceptions*, Toronto, University of Toronto Press, 1981, p. 52.

8. GAUCHET, Marcel, *La droite et la gauche*. En: NORA, Pierre (dir.), *Les lieux de mémoire. III. Les France. Conflits et partages*, Paris, Gallimard, 1992, pp. 395 y 408.

los Comunes de finales del s. XVII, Marcel Gauchet los califica de “partida en falso”. Es cierto que con la nueva Asamblea Legislativa, que no aceptaba la reelección de los representantes de los Estados Generales y que obligó a la renovación total de la representación, se termina con la heterogeneidad vinculada a la estructura estamental primitiva, dando lugar a nuevas alineaciones y reagrupamientos.

Desde este momento se asiste a un desplazamiento ideológico hacia la izquierda, una tendencia a la radicalización y a la desaparición progresiva de los representantes y defensores del *Ancien Régime*, algo que será un rasgo constante en la historia política francesa y europea al menos hasta mediados del s. XX. El fenómeno se repite con la composición de la Convención, al punto de que con el Golpe de Estado de junio de 1793 y el arresto de los Girondinos, “la derecha se desvanece”.

Pero a pesar de que el uso de la distinción permanece como distinción propia del cuerpo legislativo a lo largo de los primeros años de la República Francesa, también parece cierto que “no es aprehendida como la expresión inevitable de tendencias profundas, sino como el producto patológico de discordias funestas que ninguna organización saludable debería tolerar”. La Constitución del año III establecerá un reglamento de funcionamiento destinado a evitar la formación de partidos y facciones internas, que son concebidos desde el ideal republicano y la doctrina de la voluntad general como una perniciosa tendencia contraria a la fidelidad debida al mandato popular. Reveil-lière-Lepeaux propone en 1795 un sistema de asignación periódica por sorteo de los escaños, con el objeto de mantener la independencia de los representantes y prevenir la formación de camarillas⁹. Este tipo de medidas se mantuvo durante el período napoleónico¹⁰.

9. GAUCHET, ob. cit., pp. 396-402.

10. BIENFAIT, H.F.; BEEK, W.E.A. van, *Right and Left As Political Categories. An Exercise in “Not-So Primitive” Classification*. En: *Anthropos*, 2001, nº 96, p. 173.

La distinción parece nacer, por tanto, contra la inspiración ideológica original de la empresa revolucionaria. Según Gauchet, el verdadero nacimiento debe datarse en la Restauración, y aparentemente por iniciativa de los *ultrarrealistas*. Es esta facción la que polariza la Cámara y genera facciones enfrentadas. Entre 1815 y 1820 no solamente se estabiliza la formación parlamentaria de una izquierda y una derecha, sino que pasa a constituir una distinción tripartita, al aparecer una vigorosa facción de centro, sobre la que se apoya la acción de gobierno, buscando alianzas periódicas entre los liberales intransigentes (izquierda) y los monárquicos (derecha)¹¹.

Aparecen unos pocos años después las primeras formas de adopción de los términos de geografía parlamentaria por parte del público para calificar sus propias convicciones u opiniones. En 1824, Stendhal califica sus preferencias por la pintura como de “extrema izquierda”, mientras que se sitúa políticamente en el “centro izquierda, como la inmensa mayoría”. Izquierda y derecha trascienden el uso parlamentario, al punto de “ganar una generalidad expresiva suficiente como para transformarse a su vez en el apoyo de una extensión metafórica”.

A la vez, izquierda y derecha son expresión de un conflicto real en el país, que enfrenta pasado, presente y futuro, no una lucha ficticia o artificiosa de diversas facciones por el poder. Aparece aquí una idea novedosa en torno a la herencia de la revolución: en Francia coexisten dos pueblos, dos facciones rivales e irreconcilia-

11. “So for 19 years, from 1795 to 1815, the formation of a political left wing and right wing inside the legislative was impossible. All together it could freely manifest itself for not more than about five years (from 1789 till June 1793, in which more than one year in reverse order, and between August 1794 and November 1795). After this very hazy start of the left-right political distinction, one would surmise that twenty years without a recognisable polarity would efface the memory of left versus right. But they did not.” *Ídem*, p. 173.

bles, y que ni la antigua unidad social del Antiguo Régimen ni la nueva unidad política a la que aspira la Revolución parecen ser proyectos de fácil o incluso posible realización¹².

El advenimiento del sufragio universal en 1848 no implicaría una radical transformación del uso de la distinción. Permanece como una tipología exclusiva del recinto parlamentario. Las identidades políticas que genera la competencia electoral adquieren otras líneas de enfrentamiento: demócratas socialistas contra reaccionarios, rojos contra blancos. Sin embargo, en el recinto la terminología parlamentaria se impone, incluso a denominaciones tan populares y evidentes como las que distinguen o enfrentan divisas y colores. Gauchet ve en esta persistencia una clara señal de la penetración y consolidación definitiva de la cultura política democrática. De mitad del siglo, asimismo, datan los primeros documentos que hacen referencia a la terminología espacial parlamentaria fuera de los confines de Francia: es el caso de España y el Reino del Piamonte, que emprenderá la campaña de unificación de Italia¹³.

3. La Tercera República

En 1869, Gambetta propone una concepción de izquierda todavía limitada y determinada por la institución parlamentaria, pero que la asemeja decididamente a la composición de un

12. GAUCHET, ob. cit., p. 406.

13. Para el caso de España puede verse FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo, *Izquierda y derecha hoy*, en *Papeles y Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, Madrid, n.6, 1999, pp. 50-51. Para Italia, LAPONCE, ob. cit., p. 53 y DE ROSA, Giuseppe, S.I., “‘Destra’, ‘sinistra’, ‘centro’ hanno ancora un significato?”, en *La Civiltà Cattolica*, Roma, año CXLVI, v. III, 1995, cuaderno 3481-3486, pp. 239-248.

partido político moderno. A partir del año 1871 se consolidan oficialmente varias facciones de izquierda y derecha en la Asamblea Francesa: es el caso de la izquierda republicana, la extrema izquierda, la izquierda radical, el centroizquierda, el centroderecha, la unión de derechas, la derecha republicana y la derecha constitucional¹⁴.

El significado y uso político de izquierda y derecha se modifica sustancialmente a partir de 1900. El estallido del *affaire* Dreyfus hace que “la topografía parlamentaria se convierta en el medio primordial a través del cual los ciudadanos se piensan a sí mismos en política.” Las elecciones de 1902 confirman la tendencia y otorgan la victoria al *Bloc des gauches*, al igual que las discusiones en torno a la cuestión religiosa: la ofensiva anticlerical del ministro Combes acelera y profundiza un nuevo proceso de desplazamiento hacia la izquierda en la representación política¹⁵. Gauchet califica a este cambio de pequeña revolución mental: la entrada en la concepción moderna de democracia implica una modificación sustancial en la idea de *representación*.

Este desplazamiento hace que se produzcan notorias diferencias entre el uso parlamentario y el uso político. Con las elecciones de mayo de 1914, las facciones correspondientes a las diversas variantes y concepciones del joven socialismo ocupan la mitad izquierda de la cámara, mientras que las viejas facciones de la izquierda histórica francesa son desplazadas hacia la derecha, de modo que la antigua mayoría republicana queda en posiciones de extrema derecha. La vieja derecha monárquica, en tanto, se aboca a una declinación definitiva.

Gauchet explica que la apropiación popular de la distinción deja de coincidir con su uso legislativo, generándose así una rein-

14. GAUCHET, ob. cit., p. 410.

15. *Ídem*, p. 413.

vención de los significados de derecha e izquierda. En este sentido, esta reinención y autonomización a despecho de la representación parlamentaria opera como factor estabilizador y continuación de la distinción: “su singularidad es la de funcionar en su abstracción como *nociones-memoria* a través de las cuales se anuda la continuidad de una historia”¹⁶. Sin embargo, también es cierto que en las nuevas formas de identidad política se mantienen las características originarias. Emmanuel Mounier observó que el parlamentario y el hombre de izquierdas “se identifican un poco en su espíritu, y sólo en efecto el verdadero militante de izquierdas se da en cuerpo y alma al Parlamento”¹⁷.

El proceso político francés muestra a principios del s. XX una clara decantación por un esquema que combina *polarización simplificadora y heterogeneidad compleja de organizaciones partidarias*: tanto las dificultades para incorporar a los socialistas al bloque de izquierdas, en razón de que los primeros asumen una representación de clase y se muestran reticentes a asumir compromisos con facciones parlamentarias burguesas, como tensiones generadas por los católicos en la derecha así lo indican.

Los dos rasgos se determinan entre sí: “la neutralidad abstracta de una distribución según polos espaciales se adapta de manera preferencial a una configuración donde ningún miembro está en condiciones de imponerse realmente en su propio campo”. Una configuración bipartidista haría superflua la distinción entre izquierda y derecha: precisamente porque existe una pluralidad real

16. *Ídem*, p. 416.

17. “Para el gran funcionario y para el industrial, el hombre de izquierdas o el parlamentario (ambos se identifican un poco en su espíritu, y sólo en efecto el verdadero militante de izquierdas se da en cuerpo y alma al Parlamento), es antes de cualquier otra indicación desfavorable el chapucero, la incompetencia ruidosa”. MOUNIER, Emmanuel, *Breve tratado sobre la mítica de izquierda*. En: *Comunismo, anarquía, personalismo*, Bilbao, Zero, 1973, p. 149.

de izquierdas y derechas hay necesidad de la izquierda y la derecha¹⁸.

Por otra parte, las nuevas formas de organización política, las organizaciones partidarias en sentido moderno, modifican sustancialmente la idea de representación y de unidad política. Por primera vez, con el socialismo, los partidos asumen una representación explícita y autoconscientemente *parcial*: en este caso, de naturaleza social. Entra así en crisis la idea de una voluntad general en la que la esencia es la unidad, y en la que el diputado es un personaje absolutamente independiente, que habla desde lo universal y en nombre del conjunto del país.

La representación, en otros términos, es el medio de expresión de la Nación, la cual, por razones a la vez prácticas y “místicas”, no sabría formular su voluntad en nadie. Y viceversa: la nación no tiene otra voz que la de sus representantes, son su órgano exclusivo. La ambición de hacer que la ley sea la emanación del cuerpo político entero conduce así a una asimilación de la representación de la Nación que es de hecho una sustitución de la una por la otra¹⁹.

De ese modo, concluye Gauchet, “la democracia en Francia debe constituirse contra la República”. La existencia de partidos implica la organización de la sociedad por fuera de la representación, y su acceso al poder significa la irrupción de intereses parciales. “La imagen de la naturaleza misma se transforma: de la figura monista de una revelación de la colectividad a sí misma en su unidad de voluntad, se pasa a la figura dualista de una correspondencia a tratar entre esferas distintas”.

18. GAUCHET, ob. cit., p. 417. “*S’il n’y a que deux partis, il n’y a aucun motif pour que des dénominations identitaires spécifiques viennent se superposer à leurs dénominations naturelles.*” *Ídem*, p. 433.

19. *Ídem*, p. 419.

4. El período de entreguerras

En este contexto, las expresiones de extrema izquierda y de extrema derecha centran su discurso en un ideal unitario que parece postergar y negar indefinidamente la división en facciones y en partidos: los primeros encuentran en la Revolución el medio de una sociedad reconciliada; los segundos la hallan en la Nación. La distinción parece tener una vacilación hacia la mitad de la década de 1920, por la irrupción de fuerzas políticas nuevas que la cuestionan y se ubican a sí mismas fuera de ella.

El episodio de crítica y rechazo a la izquierda –seguido de integración– que protagonizan los socialistas en los primeros años del siglo lo repiten de forma radicalizada los comunistas en la primera posguerra. Los comunistas profundizan en su carácter clasista y denuncian a izquierdas y derechas como facciones enfrentadas de la burguesía, como caras aparentemente distintas de una misma realidad²⁰. Pero la fórmula proletaria de clase contra clase no podrá imponerse a las líneas de enfrentamiento tradicionales.

Después del revés electoral de 1932, el Partido Comunista Francés cambia de estrategia. La ocasión es la amenaza fascista. En este caso el comunismo, después de marcar sus diferencias con la izquierda tradicional –señalando incluso diferencias irreconciliables–, ingresa en ella y opera una nueva regeneración de la identidad: es la extrema izquierda la que nuevamente resignifica a la distinción. Se trata de la recreación de una identidad unitaria por integración de aquello que se presentaba como radicalmente

20. En el Congreso partidario de Tours de 1919, la distinción aparece entre los participantes: la facción comunista ocupa la izquierda y los socialistas la derecha. La facción histórica socialista protestará a la dirección por su calificación en cuanto que “fracción de derecha”. *Ídem*, p. 427.

no integrable, y que a la vez aparece en la nueva unidad como la *verdadera izquierda*, como el representante principal del campo ideológico propio²¹.

El proceso de “izquierdización” del comunismo francés se inserta, no obstante, en una transformación mucho más vasta, operada desde los centros rectores del comunismo internacional. En efecto: el marxismo leninismo advierte que el desafío planteado por el fascismo y otros movimientos políticos similares exige una coalición amplia de fuerzas a las que debe dárseles una identidad que exceda el puro antagonismo contra el nuevo enemigo (antifascismo). Es la época de los Frentes Populares, de las grandes alianzas con los partidos demócratas burgueses.

En esta línea, se opera en el marxismo-leninismo una revisión teórica respecto del concepto de izquierda: de *desviacionismo* criminal, mil veces condenado y anatematizado en los escritos de Lenin y de Stalin²², se convierte en identidad extensa, en rasgo compartido por todos aquellos que se oponen al avance de los

21. *Ídem*, p. 429. El cambio de actitud de los comunistas es notorio. Todavía en 1930, André Siegfried expresaba sus vacilaciones a la hora de incluirlos en el campo de la izquierda. “*Elle* [la izquierda] *contient les radicaux-socialistes, les socialistes unifiés, divers groupes de républicains socialistes. On ne sait trop s’il faut y ajouter les communistes.*” SIEGFRIED, André, *Tableau des partis en France*, Paris, Bernard Grasset, 1930,

p. 158. Es también de destacar la caracterización que hace de la facción radical-socialista, que según el autor, constituye “la sal de la izquierda, en un sentido bíblico”. Se trata de un partido de base social burguesa, en la que el acento está claramente situado sobre “lo pequeño”, pero que además en ocasiones se siente fuertemente atraído hacia la radicalización ideológica, al punto que mantiene el principio de “*pas d’ennemis à gauche*”. También explica que el electorado socialista-unificado, notorio por sus posiciones colectivistas, se halla fuertemente arraigado en la zona del Midi, y encuentra su apoyo electoral entre los pequeños propietarios del sur de Francia. *Ídem*, pp. 159-169.

22. Sobre el izquierdismo según Lenin y Stalin puede verse Ghiretti, *La izquierda*, pp. 167-193 y 275-305.

nuevos totalitarismos. El cambio de perspectiva puede observarse en el documento fundacional de la nueva política de alianzas del comunismo internacional, el famoso escrito de 1935 de Georges Dimitroff, destacado líder búlgaro del Comintern²³.

En el campo contrario, la derecha, la contestación que aparentemente surge en su propio extremo –los movimientos fascistas o filofascistas– efectúa impugnaciones similares a las que realiza la extrema izquierda, como ya se ha visto. Pero a diferencia del extremismo comunista, los fascistas nunca se integran en la derecha ni constituyen su principal referente, radicalizándose en su posición típica de *ni izquierdas ni derechas*, que ha analizado Zeev Sternhell²⁴. En este sentido, Gauchet parece no llegar a las últimas conclusiones del caso: es precisamente la identidad derechista del fascismo lo que debería ponerse en cuestión, algo que ha sido al menos planteado por el propio Sternhell y desde otra perspectiva por el pensador tradicionalista italiano Julius Evola²⁵.

En cualquier caso, a pesar de las fuertes impugnaciones de ambos sectores situados (con mayores o menores disposiciones propias) en los extremos, durante la década de 1930 la distinción se reafirma, se radicaliza en términos ideológicos y se vuelve más compleja. También señala Gauchet que se asiste a una disociación entre el plano de las realidades y el de las identidades políticas, el de la política pensada y el de la política práctica: la política sigue estando en manos de los moderados y de los que están dispuestos a llegar a compromisos políticos, y es esta circunstancia la que pre-

23. DIMITROFF, Georges, *La unidad de la clase obrera en la lucha contra el fascismo*. Discurso pronunciado en el VII Congreso de la Internacional Comunista, el día 2 de agosto de 1935. Barcelona, Europa-América, 1935.

24. STERNHELL, Zeev, *Ni droite ni gauche: l'idéologie fasciste en France*, Bruxelles, Editions Complexe, 1992.

25. EVOLA, Julius, *Más allá del fascismo*, Buenos Aires, Heracles, 1994.

cisamente exacerba el discurso extremista. En cada campo se distinguen un centrismo gubernamental y un extremismo utópico²⁶.

5. Desde la última posguerra a la actualidad

La segunda posguerra encuentra en Francia a una izquierda beatificada, mientras que la extrema derecha (siempre que se la considere como fascismo) desaparece del escenario político y la derecha tradicional se encuentra sumergida en un profundo descrédito. El fenómeno presidencialista, a partir de 1962, no ayuda al normal funcionamiento de la partición, aunque se establece una fuerte polaridad entre el gaullismo y los comunistas como únicos actores políticos dotados de representación y fuerza suficiente, rota después con el resurgimiento del socialismo y la unión de izquierdas.

Explica Gauchet que en 1945 algo en la distinción tradicional entre izquierda y derecha se rompe. El comunismo representa el último deslizamiento hacia la izquierda, el último episodio de *sinistrisme*, que dominó la vida política francesa al menos desde 1815. La ilusión de 1968 se desvanecería rápidamente, sin dejar ninguna herencia en la composición organizativa y electoral de la izquierda, sin reformularla ni darle un nuevo liderazgo: “la crítica izquierdista al comunismo no tardará en transformarse en crítica liberal”. El comunismo, por su parte, sufre un debilitamiento progresivo durante la década de los ochenta, que lo lleva al borde de la irrelevancia política.

En la derecha también se verifican transformaciones sustanciales. El catolicismo deja de ser un elemento de identidad de la derecha, que se ve permeada por los valores del mundo industrial y

26. GAUCHET, ob. cit., p. 435.

del mercado, y la liberalización de las costumbres. Desaparecen las “fidelidades reaccionarias” que la han caracterizado hasta entonces, y también la hostilidad a la modernidad igualitaria, capitalista y democrática. La derecha se vuelve individualista, y van desapareciendo las doctrinas radicales basada en el primado de lo colectivo, sean de signo progresista como reaccionario: la revolución deja de funcionar como escena primitiva de la política francesa y, en el campo de la derecha, “ya no hay ninguna familia política significativa que reclame la herencia del tradicionalismo”²⁷.

André Glucksmann afirma que desde 1945, la derecha deja de sentirse fuerte en Europa Occidental: “los partidos de la derecha han sorbido sin vergüenza las ideas llamadas de izquierda, en tanto que el campo adverso contraía discretamente el préstamo recíproco”. El caso francés es particularmente ilustrativo: “ya que una mayoría de derechas había avalado cuestiones como el anti-colonialismo, el cosmopolitismo y el progreso, que no le resultaban muy familiares, no hay razón para sorprenderse de que una mayoría de izquierdas, después de largos titubeos, glorificase el espíritu de empresa y el rigor económico, exigencias que pasan por pertenecer al folklore de enfrente”²⁸.

A pesar de que haya optimistas que consideran esta mutua penetración como un “ardid de la razón”, Glucksmann advierte una fractura fundamental en la identidad de derecha.

Esta (la derecha) inauguró el proceso de descomposición. Disponía de valores seguros: Familia, Nación, Religión. Importa poco que los creyera verdaderos o, a la manera de Voltaire, útiles:

27. *Ídem*, p. 445. Sobre las transformaciones ideológicas de la derecha francesa a partir de la segunda posguerra puede consultarse Petitfils, Jean Christian. *La droite en France*. Paris, P.U.F., 1973, p. 7.

28. Glucksmann, André. *La estupidez. Ideologías del postmodernismo*. 2ed. Barcelona, Península, 1988, pp. 98-99.

mientras esos “puntos de seguridad” (Burke) establecían una visión global del mundo, todo burgués ilustrado se refería a ellos para organizar su tiempo y su espacio. La familia prolongaba el tiempo del ciudadano privado y fundaba el ahorro. La nación cercaba el espacio del ciudadano responsable y ordenaba la disciplina. La religión proyectaba hasta el infinito el punto de concurrencia del espacio mundano y del tiempo anterior, anunciando el instante esotérico que, padre de familia y patriota, el hombre se revela universal. La derecha sabía bien qué son el Bien y el Orden, incluso cuando sus diferentes familias –legitimistas, orleanistas, bonapartistas– se disputaban sus diferentes figuraciones.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, las regularidades y constantes de la cultura y la sociedad parecen disolverse. Europa entra en una carrera vertiginosa de liquidación masiva de tradiciones.

Muy pronto, en la sangrienta estela de 1914, se produjo el derribamiento. Keynes lo demostró a lo vivo: victoriosas o vencidas, las élites europeas viven las “consecuencias de la paz” como una catástrofe cosmológica. El porvenir ya no está garantizado, el ahorro cede ante el consumo, la moral se libera, la riqueza resplandece, las naciones se inflaman. El burgués ha dejado de creerse inmortal; su idea de bien se oscurece. La Segunda Guerra Mundial anunciará una derecha que, según Simone de Beauvoir, ha dejado de creer en la naturaleza humana fundadora; ya no se define a favor, sino en contra...²⁹.

Glucksmann insiste: “la derecha no murió al perder su visión del mundo, sino que en lugar de afirmarse a favor... simplemente se puso a existir en contra”. Desde su perspectiva, ese cambio radical de actitud se manifiesta en el pensamiento conservador:

29. *Ídem*, pp. 99-100.

“la derecha, al hacerse negativa, es decir, conservadora, hizo que la izquierda viviera en lo positivo, luego en el futuro, luego en lo universal: la historia le pertenecía por derecho, por muchos que fueran los desmentidos que aportaba una realidad, que ya se suponía anacrónica porque todavía era rebelde”³⁰.

6. La adopción de la distinción ID en América Latina

a. *La génesis política de la Hispanoamérica independiente*

Anteriormente se ha mencionado que ya a mediados del s. XIX pueden encontrarse usos de la distinción fuera de Francia: es el caso de España e Italia. Son estas dos regiones de Europa (debe recordarse que Italia no había logrado aún la unidad nacional) las que de forma más directa e intensa experimentan los efectos de la Gran Revolución Burguesa de 1789. No es en absoluto casual que los límites de expansión de la distinción, bien que todavía estrictamente confinada, como ya se ha visto, al lenguaje parlamentario, coincidan a grandes trazos con los de los antiguos estados católicos de Europa Occidental.

Como hemos intentado explicar en otro lugar, los procesos de modernización política de la Europa meridional católica difirieron sensiblemente de la que se dio en los países de confesión protestante, en sus diversas ramas³¹. En este sentido, todo parecería indicar que las posesiones españolas y portuguesas en América eran terreno propicio para que la distinción prendiera, al menos en la jerga de uso parlamentario. Sin embargo, no fue así. La explicación hay

30. *Ídem*, pp. 111-112.

31. GHIRETTI, Héctor, *Siniestra. En torno a la izquierda política en España*. Pamplona, Eunsa, 2004, pp. 273-288.

que buscarla en dos elementos decisivos en la historia política del mundo atlántico durante el s. XIX. La primera es la influencia de la cultura política francesa en Iberoamérica con posterioridad a la independencia. La segunda es la evolución de las instituciones políticas liberales en el Nuevo Mundo.

Como es bien sabido, durante el s. XVIII el mundo hispánico recibió una importante y continua influencia del pensamiento filosófico y político francés, así como también de la cultura institucional francesa: no solamente de la mano de los Borbones. Las ideas que inspiraron la revolución de 1789 fueron las mismas que estuvieron presentes de forma dominante (aunque no exclusiva) en los procesos de independencia en Iberoamérica. No obstante, esa influencia prácticamente desapareció después de que los diversos procesos políticos estatales se consolidaran y la región entera entrara en la órbita hegemónica de Gran Bretaña en el caso de América del Sur y del Centro, además del Caribe meridional; y de EEUU en el caso de México y el Norte del Caribe.

En adelante Hispanoamérica ya ni seguirá ni le interesará la política francesa, justo cuando esta está alumbrando una serie de categorías nuevas para pensar y practicar la política posrevolucionaria. Del mismo modo, pierde toda motivación en las alternativas de la política española. Las inspiraciones teóricas para la política hispanoamericana provendrán principalmente, sobre todo a partir de mediados de siglo XIX, de Gran Bretaña y de los EEUU. Es conocido por otra parte, el tradicional rechazo que las culturas políticas del mundo anglosajón han expresado contra la distinción izquierda-derecha, a las que consideran abstracciones vagas que nada tienen que ver con su concepción realista y concreta de la política³².

32. BRITTAN, Samuel, *Left and Right: the Bogus Dilemma*, London, Seeker & Warburg, 1968. También CAUTE, David, *Las izquierdas europeas desde 1789*, Madrid, Guadarrama, 1965.

En lo que respecta a la evolución político-institucional de las nuevas naciones hispanoamericanas, es preciso confrontar las condiciones de la génesis de la distinción política moderna entre izquierda y derecha, es decir, el proceso revolucionario en Francia, y los procesos políticos revolucionarios en el Nuevo Mundo: en este punto se encuentra una fundamental diferencia en la relación que existe entre *ruptura* y *continuidad* en cada proceso mencionado.

El proceso que conduce a la independencia supone paralelamente un proceso de *modernización política*: esta modernización posee características propias, regionales, no asimilables a la que se opera en Europa Meridional. Una de ellas era *no* disponer de una solución política fundada en las instituciones del Antiguo Régimen, que supusieran una *continuidad* sustancial con el sistema anterior. La cuestión de la nueva legitimidad fue transversal a todos los proyectos de organización política en los Estados nacientes, incluso aquellos proyectos que promovían un régimen monárquico, y por eso aún estos estaban ya definitivamente instalados en el campo de la modernización política.

El momento *fundacional* de los estados hispanoamericanos suponía una solución de continuidad común –más o menos pronunciada en términos ideológico, pero irreversible– con la tradición política anterior. Si algún proyecto sostenía la conveniencia de fundar las instituciones políticas en una alianza del Trono y el Altar, clave fundamental de las instituciones del Antiguo Régimen, esta debería ser de nueva cuña, sin continuidad con la anterior. Eso dejaría fuera de juego –en tanto los ejércitos libertadores avanzaban victoriosos por todo el continente– a los partidarios del Antiguo Régimen, tanto en su variante absolutista como en su progresión liberal.

Fueron esas precisamente las identidades políticas sobre la que se constituyó la oposición parlamentaria entre derecha e izquierda en la Asamblea Francesa: partidarios/defensores del Antiguo Ré-

gimen contra partidarios de la Revolución burguesa. Esa distancia entre una y otra facción –defensores del pasado, partidarios del futuro– nunca fue tan infranqueable en tierras americanas: hasta los partidarios de la restauración monárquica debieron plantearse el presente y el futuro como *ruptura* con el pasado.

Pero esa enorme distancia en el plano de los principios y la ideología propios del proceso político francés paradójicamente tenía lugar en una *institución* y en un *espacio* determinado, perfectamente delimitado. Era un espacio y una institución *comunes*: los Estados Generales devenidos en Asamblea Nacional, cuna material de la distinción político-espacial izquierda-derecha. Esa continuidad es fundamental para entender la génesis de los clivajes revolucionarios y posrevolucionarios y las referencias espaciales sobre la que sustentaron su expresión simbólica.

En la América Española, los procesos políticos que llevaron a la independencia no fueron llevados a cabo por grandes asambleas deliberativas con representación nacional, que eran inexistentes dentro de la constitución política del Antiguo Régimen, sino por élites con fuerte incidencia en órganos de gobierno municipales: los *cabildos* de las grandes ciudades tuvieron un protagonismo central. Esto supone que las instituciones que lleva adelante la insubordinación, primero a la Corona usurpada por José Bonaparte, después a Fernando VII, *no* fueron asambleas o cuerpos deliberativos con representación extensa: de hecho, los proyectos de constitución de unos organismos de estas características tuvieron una concreción bastante accidentada, en general.

Pero si la independencia de la América Española se fundó sobre un consenso opuesto al Antiguo Régimen, eso no quiere decir que abjurara por completo de toda la cultura política que lo sustentaba: todo lo contrario. Las constituciones políticas que fueron ensayadas en el subcontinente dispusieron en su abrumadora mayoría un poder ejecutivo unipersonal fuerte, reflejo y continuación

del poder monárquico, y eludieron de forma sistemática el sistema parlamentarista: en el proceso de consolidación institucional de los nuevos países los órganos legislativos no tuvieron un protagonismo dominante, sino que lo compartieron con (cuando no se subordinaron a) ejecutivos fuertes.

Sin un órgano legislativo como el centro de la institucionalidad política, mal podían sus conceptos y discurso, sus categorías derivadas convertirse en referencias principales de las identidades emergentes. Y no fue porque *ideológicamente* no existieran similitudes entre la distinción izquierda-derecha que iba gestándose en Europa a lo largo del s. XIX y las diversas identidades políticas en la América Independiente. Puede decirse que estas identidades respondían a dos ejes dominantes, que admitían diversas combinaciones o configuraciones: por un lado el eje *liberal/tradicional-conservador* y por el otro el *federal/centralista*. El primer eje se identifica ideológicamente con la distinción francesa izquierda-derecha tal como se dio durante el s. XIX. Faltaría no obstante, la coexistencia espacial –un recinto parlamentario o asambleario que inaugurara la dicotomía según un simbolismo de disposición *horizontal*.

De ese modo puede concluirse que tanto la influencia la política y el pensamiento político francés como su lógica y su discurso parlamentario estuvieron ausentes a lo largo del proceso de organización política de Hispanoamérica y por tanto, no se dieron las condiciones para una adopción temprana de la distinción izquierda-derecha, como fue el caso de España e Italia. En su fase de denominadora del clivaje parlamentario, no hubo izquierda ni derecha en el s. XIX hispanoamericano³³.

33. El uso de la distinción es realmente rara en el contexto hispanoamericano anterior a la irrupción de las organizaciones socialistas, e incluso después, durante los primeros años del s. XIX. Es el caso de Pesenti, un diputado na-

b. *El brote del socialismo en el Nuevo Mundo*

Resulta necesario analizar si, siguiendo la ya mencionada tesis de Laponce, fue la difusión del pensamiento socialista y la expansión de sus organizaciones políticas el factor que introdujo la distinción izquierda-derecha en el subcontinente hispanoamericano. Como es sabido, el socialismo fue introducido en Hispanoamérica de forma generalizada pero aún así muy minoritaria, hacia el tercer tercio del siglo XIX, de la mano de inmigrantes europeos que fundaron los primeros sindicatos y organizaciones gremiales del trabajo asalariado. Existieron antecedentes, pero muy dispersos y puntuales³⁴.

Como también es sabido, tanto el anarquismo y el socialismo romántico como el socialismo revolucionario de tradición marxista rechazarían durante mucho tiempo la distinción parlamentaria izquierda-derecha, por considerarla parte constitutiva del orden político imperante, funcional en su integridad al sistema de explotación burguesa. Su carácter a la vez revolucionario y de fundamentos científicos lo enajenaba de cualquier identidad compartida con el declinante orden burgués. Las organizaciones socialistas en América Latina no tuvieron la oportunidad de identificarse con *la izquierda* como una identidad política preexistente, que podía acogerla, porque esa identidad no existía en las culturas políticas hispanoamericanas; pero tampoco inaugurarla, tanto por su marginalidad como por su propio carácter ideológico, que acabamos de mencionar³⁵.

cional argentino de una formación que no tenía nada que ver con las ideas socialistas, pero que se definiera como “un hombre de izquierdas”. MALAMUD RIKLES, Carlos, *Partidos Políticos y elecciones en la Argentina. La Liga del Sur (1908-1916)*, Madrid, UNED, 1997, p. 238.

34. TARCUS, Horacio, *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1952)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2016.

35. Es muy significativo que una obra que fue concebida como una referencia de la izquierda argentina prácticamente no posea ninguna entrada fuera de en torno a personalidades destacadas (intelectuales, militantes, dirigentes)

Siguiendo no obstante una lógica de afinidad ideológica derivada de la Revolución Francesa, los primeros diputados socialistas electos en América Latina imitaron a sus pares europeos y se sentaron en el extremo izquierdo de los hemiciclos legislativos³⁶. *Estaban* a la izquierda, pero no *eran* la izquierda. Es un momento coincidente con el *affaire* Dreyfus, a través el cual, como señala Gauchet, la distinción izquierda-derecha (en particular la izquierda) desborda los recintos parlamentarios y se constituye en una identidad política de masas comienza la presión sobre los militantes, partidos y organizaciones socialistas para integrarse en esa identidad.

A finales de la Primera Guerra Mundial, en tanto los partidos de la I y II Internacional adoptaban progresivamente la identidad extensa que los emparentaba con los radical-socialistas y otros partidos de centroizquierda del espectro ideológico francés, la resistencia al binomio que discriminaba posiciones en el marco de la democracia burguesa se trasladaba a las organizaciones de la III Internacional: los partidos comunistas. Lenin había sido explícito sobre el punto: izquierda y derecha son distinciones burguesas y dentro del movimiento revolucionario, son peligrosos desviacionismos pequeñoburgueses, que atentan contra el éxito de la empresa política de la revolución. El izquierdismo en particular debe ser considerada una *enfermedad infantil* que afecta al comunismo³⁷.

En América Latina la distinción recién aparece con cierta fuerza a partir de la segunda mitad de la década del 30, en el contexto

pertenecientes a organizaciones anarquistas, socialistas o comunistas. TARCUS, Horacio, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

36. GARCÍA COSTA, Víctor, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*, Buenos Aires, Planeta, 1997, p. 119.

37. LENIN (Seud. de Uliánov, Vladímir Ílich), “La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo”, en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1980, pp. 537-615.

de la orden del *Comintern* dirigida a todos los partidos comunistas del mundo, de organizar *Frentes Populares* con los partidos democráticos burgueses para evitar el avance internacional del fascismo. Se buscó un denominador común que permitiera hacer frente a la amenaza³⁸. Curiosamente, la izquierda como identidad compartida por las organizaciones políticas comprometidas con el sostenimiento del sistema liberal democrático se oponía a otro fenómeno político que desde sus orígenes se situó no solamente por fuera sino en oposición a las distinciones de la democracia burguesa: el fascismo no se identifica ni con la izquierda ni con la derecha.

Este intento por constituir una izquierda a partir de una coalición de partidos democráticos tuvo escaso eco en América Latina, en directa consonancia con la capacidad de acción de los bien organizados y disciplinados pero pequeños partidos comunistas de la región. Por esa razón no logró generar una identidad política mucho más allá de sus élites, militantes e intelectuales afines. Pero se sembró una semilla que brotaría algunos años después, cuando a través de lecturas e interpretaciones críticas del marxismo-leninismo y también a partir del contacto de las tesis sobre la dependencia económica y política de toda la región respecto de los países capitalistas industrializados, muchos partidos, organizaciones y militantes de matriz socialista fueron abandonando progresivamente el internacionalismo y en el caso de los partidos comunistas la obediencia a Moscú, abandonaron los planteamientos exclusivamente

38. De esta época –mediados de la década de 1930– datan las primeras publicaciones en la Argentina que toman como denominación el vocablo *Izquierda*, vinculada a una fracción radicalizada, de tendencia marxista-leninista, del Partido Socialista, luego devenida en escisión. Se advierte por tanto un uso extendido del concepto en el contexto de la cultura política socialista. Resulta particularmente interesante el texto anónimo *Lo que no es izquierda en Izquierda. Crítica y acción socialista*, n. 2, 1934, p.8. Toda el texto remite a la discusión interna sobre la naturaleza del socialismo.

clasistas y asumieron posiciones nacionalistas y antiimperialistas/anticolonialistas cada vez más firmes y explícitas.

Aunque es posible encontrar ya este viraje en la década anterior a la Segunda Guerra Mundial, el punto de inflexión fue el inicio del proceso de descolonización de la posguerra. La emergencia de los Estados Unidos como potencia hegemónica ya indiscutida del hemisferio occidental hizo patente los lazos que ataban a América Latina al dominio del país del Norte y modificó sustancialmente la actitud y la política de los partidos, militantes y organizaciones socialistas hacia los movimientos nacionalistas de masas que imperaban en muchos países de la región³⁹. La idea de que el camino al socialismo pasaba antes por una lucha para conseguir la liberación nacional en alianza con amplios sectores populares, partidos democráticos, sectores de la pequeña burguesía y la burguesía industrial nacional invitaba a buscar un concepto amplio que cobijara a todos esos sectores en una identidad común: ¿podría ser acaso la izquierda?

El obstáculo principal se encontraba en la cultura política que poseían y la matriz ideológica que impulsaban estos movimientos nacionales y populares, que encarnaban de un modo muy peculiar, de forma sincrética, el afán por la modernización. Por un lado, estos movimientos promovieron políticas de inclusión, de redistribución del ingreso y derechos sociales, todas banderas de las organizaciones socialistas. Además impulsaron una modernización económica que tendía a la industrialización, a través de una presencia fuertemente intervencionista del Estado, lo que tenía consecuencias en la estructura social: proletarianización de los sectores bajos, burocratización de sectores medios. Eran empresas políticas que asumían y promovían buena parte del programa de izquierda.

39. TRÍAS, Vivian, *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, Buenos Aires, Cimarón, 1973.

Por otro lado, buena parte de la base social de esos movimientos eran sectores de origen rural, semirrural o recientemente urbanizados, que habían sido marginados por la modernización liberal y que mantenían fuertes elementos identitarios tradicionales: religión, familia, jerarquías explícitas, costumbres. La propia articulación política de estos movimientos, en torno a un liderazgo fuertemente personalista, casi providencial, pertenecía a la cultura política tradicional latinoamericana. Su legitimidad usualmente resultaba de una síntesis de las tres formas definidas por Max Weber: tradición, racionalidad y carisma⁴⁰. Los nacionalismos populares no solamente no cuestionaron ni atacaron estos fundamentos culturales, sino que en muchos casos se apoyaron en ellos de forma explícita y los promovieron.

La irrupción de estos nacionalismos populares en América Latina a fines de la primera mitad del s. XX, con su carácter ideológico transversal, que combinaba sincréticamente elementos tradicionales y modernizadores, conservadores y progresistas, de izquierda y de derecha, supuso un obstáculo determinante para la coagulación de identidades políticas dominantes según el esquema espacial bipolar. El populismo instaló, en virtud de su lógica propia, un clivaje diverso, en el que se constituía como rival o adversario una identidad política que reivindicaba los ideales políticos y económicos democrático-liberales con especial énfasis en la modernización institucional, combinados con elementos del conservadurismo, del liberalismo económico o de la socialdemocracia, revestidos del discurso republicano⁴¹. En adelante, podría distinguirse una izquierda y una derecha dentro de cada bloque identitario, pero siempre subordinadas a las distinciones dominan-

40. SEGOVIA, Juan Fernando, *La formación ideológica del peronismo. Perón y la legitimidad política (1943- 1955)*, Córdoba, Ediciones del Copista, 2005.

41. LACLAU, Ernesto, *La razón populista*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

tes y con escaso o nulo grado de conciencia propia (sobre todo en los sectores de derecha).

Lo mismo sucede en el plano del observador o del análisis teórico: fenómenos políticos como el varguismo, el peronismo o el PRI en México constituyeron siempre un desafío para la ciencia política europea y norteamericana, que pugnaba por encasillarlos en su tradicional esquema izquierda-derecha⁴². En este sentido, los populismos latinoamericanos supusieron en la década de 1940 y de 1950 un problema similar al del fascismo en la década de 1930. La propia evolución ideológica de cada uno de esos fenómenos no ha hecho sino desafiar de modo sucesivo al intento por clasificarlos en izquierda-derecha, sin otorgarles precisiones ni referencias claras según este esquema de análisis.

Un caso interesante es el de la *Izquierda Nacional* en la Argentina, un grupo de intelectuales de tradición marxista que inspirados en una lectura crítica del marxismo-leninismo y también por los escritos latinoamericanos de León Trotsky, asumieron que el camino hacia el socialismo sólo sería asequible para el peronismo, un movimiento nacionalista de masas, al que le asignaban una vocación de liberación nacional revolucionaria. En posiciones más o menos comprometidas con el peronismo, nunca dejaron de ser una pequeña minoría, cuya propia denominación les resultaba problemática, como puede verse en dos de sus principales referentes: Juan José Hernández Arregui afirmaba que se trataba de un nombre provisorio que debía cambiarse, cuando se diesen las condiciones necesarias, por *socialismo nacional*⁴³; Jorge Abelar-

42. ARON, Raymond, *L'opium des intellectuels*, Paris, Calmann-Lévy, 1955, p. 23.

43. HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, 3ed. Buenos Aires, Pleamar, 1973, pp. 475-476. Horacio González sostiene algo similar respecto de John William Cooke en TRÍM-

do Ramos también opinaba que era una denominación extraña a las identidades políticas latinoamericanas⁴⁴. La razón, aunque ninguno de los autores citados la exprese, es evidente: se trataba de una denominación apropiada para la fase *burguesa* del peronismo, un movimiento que hizo de la *tercera posición* una declaración de principios, y por esa razón toda aproximación conceptual al socialismo le hubiera resultado incomprensible, sino francamente hostil. Sólo en la fase proletaria sería posible hablar abiertamente de *socialismo*.

c. *Un subcontinente en transición*

En países cuya cultura política se vio menos afectada por el fenómeno populista y experimentaron una mayor continuidad en sus instituciones liberaldemocráticas, la distinción izquierda-derecha, aún sin ser dominante, parece tener una mayor difusión y pregnancia en las formas que adoptan las identidades políticas. Es el caso de Chile, probablemente favorecida por el temprano y fuerte arraigo que pudieron adquirir las organizaciones socialistas en la política y el gremialismo, y también el de Uruguay, que a partir de los años sesenta ensayó coaliciones electorales de partidos de izquierda. Es probable que la influencia francesa en ese país, que posee una cultura política superior a la media latinoamericana, también contribuyera en alguna proporción a la adopción de la identidad de izquierdas.

El período que se abre a principios de la década de 1970, con el derrocamiento de gobiernos democráticos y la instauración de

BOLI, Javier, *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 88.

44. Entrevista a Jorge Abelardo Ramos. En STRASSER, Carlos (ed.), *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959, p. 183.

dictaduras militares en casi todo el subcontinente tampoco facilitó la adopción de la distinción izquierda-derecha. A pesar de que esos gobiernos de facto adoptaron en la mayoría de los casos una posición ideológicamente bien definida y *de derecha*, de carácter liberal-conservador, combinado con elementos nacionalistas, y una hostilidad abierta contra las ideologías de izquierda, no cuajó ni una identidad de derecha como adhesión a esos regímenes, ni una de izquierda como resistencia a los mismos. Es interesante observar que en la Argentina, en el caso de una organización armada como Montoneros, de carácter revolucionario e ideología marxista, nunca aceptara para sí la pertenencia *a la izquierda* y reivindicara, por contraposición su carácter peronista y revolucionario. La izquierda quedaba para los diversos partidos y organizaciones socialistas, el Partido Comunista, y formaciones armadas como el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), de filiación trotskista⁴⁵.

La recuperación de las instituciones democráticas, operada en todo el subcontinente a partir de principios de la década de 1980, reinstauró por lo general los antiguos clivajes y las distinciones del período democrático anterior. No se verificaron grandes variaciones en las identidades políticas⁴⁶. La novedad más notoria en este sentido empezó a tomar forma en la década siguiente, como efecto de las crisis económica y la inestabilidad política de las democracias de la región. Como alternativa al régimen vigente de partidos, que no conseguía constituirse en una base de poder suficiente como para llevar a cabo políticas de reforma a largo plazo y

45. Entrevista a Martín Caparrós. En TRÍMBOLI, Javier (ed.), *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998, pp. 48-52.

46. Intentos no faltaron. Es el caso de facciones internas de la Unión Cívica Radical en la Argentina, que intentaron proveer de una identidad de izquierda al partido, después de que perdiera el poder en 1989. LUBERTINO Beltrán, María José, *Evolución y crisis de la ideología de izquierda*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991 3v.

acuerdos generales sobre asuntos fundamentales, se propuso evolucionar hacia un sistema de coaliciones, que permitiera sostener programas de gobierno y dar continuidad a las políticas en curso. Estas coaliciones deberían formarse según identidades genéricas suprapartidarias: la distinción izquierda-derecha parecía prestarse a esa función. Es la hipótesis que desarrolló el sociólogo y politólogo argentino Torcuato Di Tella, muy influido por el pensamiento socialdemócrata y el sistema parlamentario europeo, a finales de la década de 1990⁴⁷. Para el asunto que nos ocupa, lo más interesante de la teoría de las coaliciones –que se pondría en práctica en lo sucesivo, no tanto como alternativa sino como inevitable necesidad, ante la crisis cada vez más pronunciada de los partidos políticos– es que la distinción ID es presentada como un dispositivo y a la vez como un diagnóstico de *modernización* de los sistemas políticos derivado de las experiencias exitosas de estabilización política en los países de Europa Meridional y también de la región, como Uruguay y Chile.

El más reciente episodio de la fallida presencia de la distinción izquierda-derecha en América Latina es el de la oleada de gobiernos neopopulistas en Sudamérica, que a principios de siglo le dieron a la región un predominante color ideológico de izquierda. Se la denominó “la ola rosa”, por tratarse de fuerzas políticas de carácter popular, nacionalista y de tendencia social reformista, pero no revolucionaria. Aunque el discurso de estos gobiernos en países como Venezuela y Bolivia fuer explícitamente socialista, en otros como Argentina, Brasil y Uruguay se mantuvieron en un registro progresista, popular, estatista y de énfasis nacionalista. De todos modos, más allá de la identificación del adversario político con una derecha neoliberal, tampoco parece haberse sedimenta-

47. DI TELLA, Torcuato, *Coaliciones políticas. ¿Existen derechas e izquierdas?*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004.

do, en ninguno de los países referidos, una identidad de izquierda predominante⁴⁸.

Nuevamente pueden observarse diferencias entre la perspectiva de los observadores y la de los actores políticos, como es el caso del *Partido Revolucionario Democrático* (PRD) en México, cuyo posicionamiento a la izquierda es indiscutido por los analistas, pero es resistido por no pocos líderes de dicha organización política⁴⁹. Lo mismo sucede con el actual partido en el gobierno, MORENA, que nació como desprendimiento del PRD. A pesar de que en general los analistas políticos la sitúan a la izquierda del espectro, la organización no se define como tal, y parece tener argumentos para resistir esa clasificación.

7. Conclusión

EL breve trazado histórico previo revela que la identidad de izquierda en América Latina nunca ha conseguido trascender las organizaciones de orientación socialista (con su rica variedad de tradiciones y conflictos) y los ámbitos intelectuales y académicos ideológicamente afines. Nunca se ha logrado constituir en identidad política extensa, precisamente por esta razón. Las continuidades que vinculan al pensamiento socialista con el liberal, democrático y progresista se integran en otros países en una identidad común, que es la izquierda. En América Latina, *izquierda* sigue siendo sinónimo de *socialismo*.

48. Para el caso argentino GHIRETTI, Héctor, *Cuestión de etiqueta. Posición, percepción y autorrepresentación del kirchnerismo en el espectro izquierda-derecha*. Ponencia presentada en el XII Congreso Nacional de Ciencia Política. Mendoza, 2015, inédito.

49. MOSSIGE, Dag, *Mexico's Left. The Paradox of the PRD*, Boulder, First Forum Press, 2013.

El escaso arraigo de la distinción izquierda-derecha en América Latina, su uso y difusión limitado a élites intelectuales y altamente politizadas revela una característica propia de la cultura política regional. El ya citado Laponce relaciona la evolución de la identidad de izquierda-derecha con dos momentos políticos: el primero, el desarrollo de una conceptografía parlamentaria y un discurso derivado; el segundo, la expansión del socialismo. El proceso descrito en América Latina podría estar mostrando que existe una vinculación íntima entre uno y otro momento, y que no basta con que aparezca el discurso socialista para que emerja la identidad de izquierda.

Muchas culturas políticas son reactivas a la distinción izquierda-derecha, por diversas razones: una de ellas parece ser la latinoamericana. Si bien los observadores y estudiosos son capaces de alinear posiciones a lo largo del espectro actitudinal-ideológico izquierda-derecha (y esto se practica paralelamente al recurrente argumento de que son distinciones perimidas), los actores políticos de la región son reticentes a asumir esas posiciones como descriptores principales de sus propias preferencias o inclinaciones.

Durante la década de 1990, el colapso del socialismo real no supuso una crisis o declinación de la distinción izquierda-derecha: contra todos los análisis e interpretaciones de la época, la izquierda operó como elemento de rescate y de afirmación identitaria de un campo ideológico mermado en sus referentes políticos y categorías conceptuales. No parece posible que la crisis de las identidades políticas contemporáneas en América Latina pueda abrir una posibilidad para la adopción generalizada de la distinción izquierda-derecha en la región: para eso debería poseer una tradición histórica de la que carece.